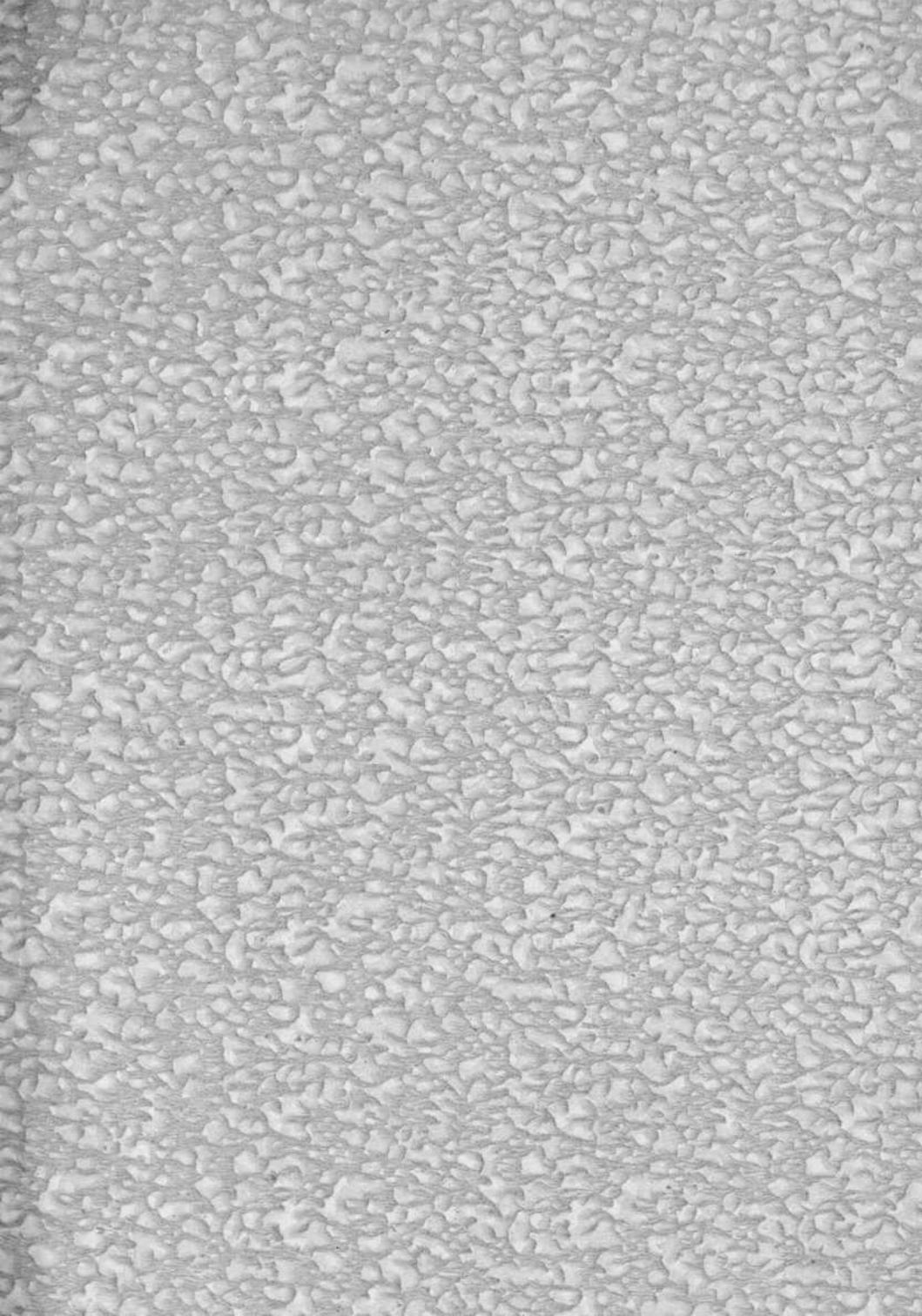


9.

17
180







DISCURSO

LEIDO EL DIA 21 DE OCTUBRE DE 1882

EN EL

INSTITUTO PROVINCIAL DE AVILA,

CON MOTIVO DE LA VELADA LITERARIA DEDICADA POR EL MISMO

Á

SANTA TERESA DE JESÚS

EN EL

TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE,

POR

DON FRANCISCO JARRÍN Y MORO,

Presbítero y Catedrático de Psicología, Lógica y Filosofía moral

del expresado Instituto

Y DE LENGUA GRIEGA EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE ESTA CIUDAD.



ÁVILA.

TIPOGRAFÍA, MAGDALENO Y SARACHAGA.

1883.

A la Excm. Diputación provincial de Avila

en testimonio

de respeto, gratitud y consideración

El Autor.

«Gran cosa es el saber, y las letras para todo.»

SANTA TERESA (*Moradas cuartas, cap. I, pár. 5.*)

Excmo. Señor:



LA Iglesia católica celebra en estos días solemnes fiestas en honor de una de sus más esclarecidas hijas, las Universidades y Academias españolas rivalizan por encomiar la sabiduría de la Escritora castellana, y en las naciones extranjeras se reúnen los literatos y teólogos para alabar á la mística Doctora.

Y Ávila, la ciudad de los esforzados capitanes y de los valerosos caudillos, patria de santos, baluarte de los reyes, monumento de nuestras grandezas, que ostenta entre sus timbres gloriosos, los de Ávila del Rey, de los leales, y de los caballeros, en cuya historia figuran monarcas tan célebres como Alfonso III, el Magno, Alfonso VI, el conquistador de Toledo, Alfonso VIII, el de las

Navas, Alfonso X, el Sábio...., escribe hoy una brillante página en el reinado del duodécimo Alfonso, celebrando el tercer Centenario de la venturosa muerte de una mujer, que es el ornamento de las letras españolas.

Ávila es la cuna de Teresa de Jesús, de esa heroína, ante cuya grandeza, quedan eclipsadas todas las mujeriles grandezas, y ante cuya sabiduría rinden párias todas las escritoras. (1) La vieja ciudad de Castilla no cede á nadie en ensalzar á su ilustre hija, porque Teresa es la heroína en la tierra de los héroes y la sola santa entre sus santos hijos. (2)

¿Y el Instituto? El Instituto, que se asocia con todas sus fuerzas á los acontecimientos de esta ciudad, que está empeñado en sus triunfos, porque los triunfos de Ávila son sus triunfos, que admira siempre el talento y la virtud de sus compatriotas... ¡Ah! el Instituto, que ha nacido, donde nació Teresa de Cepeda, que vive en la casa donde ella abrió los ojos á la luz, que llena su misión civilizadora de educar á la juventud, aquí, donde

(1) Mr. de Maistre confiesa: «que sólo ha faltado á Madama Stael la antorcha de la verdad para elevar al mayor grado sus inmensas facultades.» Es como si la faltara todo.

(2) Sabido es que en Ávila se la llama *la Santa*: es para los avileses la Santa por antonomasia.

ella recibió la educación primera, no podía menos de honrar la memoria de su excelsa Patrona, la santa de Ávila y escritora de Castilla.

Os felicito, queridos compañeros, porque en la mañana de este día, habeis dado al mundo una lección elocuente, rindiendo fervorosos cultos á la santa reformadora del Carmelo. La ciencia no está reñida con la religión: sois los depositarios de la ciencia, y la ciencia de las ciencias es la ciencia religiosa.

Os felicito también, porque en esta noche que-reis enaltecer el nombre de la insigne escritora con este torneo literario. Por lo que no puedo felicitaros, es por haberme designado para pronunciar el elogio de esa inspirada poetisa y mística maestra.

Si aquí estuviera el profesor de Retórica y Poética, os la presentaría como modelo en el decir, y seguramente que vuestra atención quedaría cautiva y el ánimo regocijado ante la belleza de esas composiciones, honor de la literatura patria y expresión de un alma grande y apasionada.

También mis aficiones me llevarían á ese terreno; empero no debo olvidar que soy catedrático de Filosofía, y, para no invadir agenos dominios, debo ceñirme al círculo de mi asignatura, considerando los escritos de Santa Teresa bajo el aspecto

filosófico. (1) El asunto no es tan bello, pero en cambio es mas nuevo, y, si el campo de la literatura está sembrado de rosas, el de la filosofía está erizado de espinas. Razón para que tiemble entrar en él, y me vea precisado á demandar vuestra notoria indulgencia. Santa Teresa la reclamó para sus escritos, escudándose con la obediencia que puso en sus manos la pluma, y yo la reclamo, no sólo por lo árduo de la empresa y la escasez de mis fuerzas, sinó que también porque vuestros mandatos son los que me obligan á dirigir la palabra á este ilustrado público.

* * *

Celebrados son en justicia, por lo que á la Literatura y á la Teología se refieren, los escritos de Santa Teresa; mas bajo el punto de vista de la filosofía, poco, muy poco se ha dicho de sus obras inmortales, y sin embargo, todas ellas rebosan del espíritu filosófico, y, estudiadas detenidamente nos suministran sobrados argumentos,

.....
(1) No intento ponerme en contradicción con lo que os dije esta mañana acerca de la celestial sabiduría de Santa Teresa (Panegírico pronunciado en la Santa y Apostólica Iglesia catedral de esta ciudad), ni he perdido de vista la doctrina de la inspiración. JANSSENS. (*Hermeneutica Sacra*, cap. II.)

para conceder el título de *filósofa* á nuestra amada compatriota. (1)

Cierto, que no ha defendido en pública palestra conclusiones de Dialéctica y Ética, como Juliana Morell, religiosa dominica, celebrada por nuestro Lope en su *Laurél de Apolo*, y ensalzada con los honores del doctorado en Aviñon: (2) ni como Santa Catalina de Alejandría ha pulverizado los errores de los filósofos paganos de esta ciudad, en presencia del tirano Maximino, segun refiere el analista Baronio; (3) ni como Oliva Sabuco figura en la historia de la filosofía, por su peregrina obra acerca de la naturaleza del hombre; (4) pero en cambio, si sus escritos no enseñan un sistema nuevo, que la haga aparecer al lado de los célebres fundadores de escuelas filosóficas, á ella ha pedido prestados los principios de

(1) Todos los autores de la historia de la Literatura española se ocupan de las obras de Santa Teresa; mas no así los que tratan de la historia de la Filosofía. El Sr. Canalejas, en el programa de esta última asignatura, dedica algunas lecciones á los místicos españoles, y Paul Rousselot, en su obra *Les Mystiques Espagnols*, consagra cuatro capítulos á Santa Teresa y su escuela. En este libro, bastante bien trabajado, adopta un criterio que nos vemos precisados á combatir.

(2) Moreri (*Diccionario Histórico*), y Nicolás Antonio (*Bibliotheca Hispana*).

(3) (An. 307, n. 31). Eusebio (*Hist. eccl.*, lib. 7, cap. XXXIV).

(4) Excmo. é Ill.º Sr. D. Fray Zeferino Gonzalez (*Philosophia elementaria*, vol. III.)

la más alta filosofía el gran Leibnitz, según confiesa á Morelio, (1) y en sus obras se dilucidan las cuestiones más graves de la Metafísica, de la Lógica y de la Moral.

«Mira las cosas muy apocadamente, dice el insigne Balmes, quien no ve filosofía sinó en las escuelas. Donde hay un hombre que piensa sobre un objeto, inquiriendo su naturaleza, sus causas, sus relaciones, su origen, su fin, allí hay un filósofo. La filosofía es la razón examinando: la diferencia está en el mas ó menos, en la extensión y en la forma; pero el fondo es el mismo; donde hay exámen, sea cualquiera su especie, allí hay filosofía.» (2)

Ahora bien: la escritora de Ávila, aparece en sus inmortales obras, estudiando la naturaleza de las cosas, buscando sus relaciones, é indagando su destino. Examina, observa, analiza, compara, induce y deduce: lleva el convencimiento á los ánimos, y, no solamente cierne su espíritu en el mundo de las abstracciones, sinó que descende del orden especulativo al práctico, ejerce gran influencia en el corazón humano, y le arrastra al ejercicio de la virtud, aventajando á los renom-

(1) *Ad Morellium* (anno 1696). Citado en el precioso libro de Mr. Plasse *Souvenirs du pays de Ste. Thérèse*.

(2) Curso de Filosofía elemental. Historia de la Filosofía.

brados filósofos de la antigüedad, cuya hinchada ciencia no pudo influir siquiera en las costumbres de sus vecinos.

Ni podía suceder de otra manera. Sabeis muy bien, que las obras de Santa Teresa son eminentemente teológicas. La Teología, ciencia de Dios y de las cosas que á Dios se refieren, descansa en verdad sobre la sólida base de la revelación: sus dogmas son enseñanzas divinas: pero la Teología no es tan sólo el depósito de las verdades reveladas: en este caso la Teología y la Sagrada Escritura con las tradiciones católicas, serían una misma cosa.

La Teología es algo mas que esto: es una ciencia, y, como ciencia, necesita de la razón humana. Es un organismo, cuya clave es la filosofía, que dá enlace y trabazón á sus partes, la señala un rumbo metódico, saca de los dogmas múltiples consecuencias, enlaza una verdad con otra, mediante la fuerza del silogismo; la evidencia resplandece en todas partes, y la série de verdades constituye un cuerpo de doctrina, una ciencia en el sentido propio y riguroso de la palabra.

La historia de la teología dogmática es una prueba de este aserto. (1) Los escritores de los

(1) Perrone. *Synopsis historie Theologie cum Philosophia comparata.*

primeros siglos de la Iglesia aglomeraron riquísimos materiales. En pos de ellos vinieron géneos portentosos que elaboraron gradual y sucesivamente con aquellas materias una parte del gran edificio de la Teología, alcanzando por sus trabajos el honroso dictado de *Lumbreras* de esta sagrada ciencia. Más tarde apareció Santo Tomás de Aquino, que puso feliz coronamiento á la obra y mereció llamarse el *Sol de la Teología*. Efectivamente, su célebre Suma es el primer sistema teológico acabado y completo. Desde entonces la sagrada Teología, estudio el mas sublime por su objeto, es una ciencia tan perfecta en su método, como armoniosa en su plán y desarrollo.

Empero la Teología no se limita á exponer los sagrados dogmas ó los principios y reglas de la Moral, sinó que sale á la defensa de la verdad y combate el error y la heregía: es la teología llamada polémica: ó enseña los medios que conducen al ejercicio de la perfección cristiana, ascética, ó investiga el sentido de la Sagrada Escritura, exegética, ó saca sus argumentos de los escritos de los santos Padres, patristica, ó explica la liturgia, ó la catequesis ó la historia, y entonces se denominan respectivamente litúrgica, catequística ó histórica.

Y en la cúspide de esas ramas del saber teológico, y de el árbol de las ciencias todas, está la

Teología mística, (1) que tiene por objeto los dones misteriosos y sobrenaturales que Dios concede á sus criaturas predilectas, ó elevar el alma á Dios, como dijo San Buenaventura. (2)

Y en esa Teología Mística, *sabbatum* de la inteligencia, día de consumación y descanso, Teresa es la gran maestra, se lleva la palma: es el mentor de la vida espiritual, la única, á quien la posteridad ha concedido el título de *Doctora*.

Y como la teología mística no es el misticismo, conjunto de delirios de la loca fantasía ó fruto de entendimientos apocados y pusilánimes, (3) ni el espiritismo, mágia del siglo XIX, propagado con necio empeño por Allam Cardek, (4) ni el quietismo, (5) vieja doctrina esparcida por madame

(1) Cicerón dijo que todas las ciencias eran hermanas: San Buenaventura las subordinó á la Teología en su obra *De reductione artium ad Theologiam*.

(2) *Itinerarium mentis ad Deum*.

(3) El misticismo filosófico por el método que sigue, por los principios sobre que descansa, por las teorías de Psicología é Ideología que adopta, cuyas afinidades con el panteísmo son muy grandes, es una pura quimera. SANSEVERINO. (*Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata*.)

(4) Sus obras son: *El libro de los espíritus*.—*La Justicia divina segun el espiritismo*.—*Introducción al conocimiento del mundo invisible por la manifestación de los espíritus*.—*El espiritismo en su más simple expresión*.—*Revista espiritista*.

(5) Los quietistas hacen del hombre espiritual una especie de ser insensible, que está sin alterarse y en una inacción completa en la presencia de Dios.

Guyon, y refutada victoriosamente por el ilustre Bossuet, sinó que es la ciencia del espíritu, la ciencia de las almas perfectas, ciencia que descansa en la revelación, se apoya en la gracia, gira sobre dos polos, el del conocimiento de Dios y el de la criatura, ha de ser, por lo tanto, una ciencia de relaciones, fundada en la naturaleza de los séres, con método riguroso y alumbrada con la antorcha de la filosofía, que, como dijo Orígenes, es el prólogo del cristianismo. (1) Hay, pues, filosofía, y gran filosofía en las elevadas regiones de la mística.

El conocimiento propio es eminentemente filosófico. *Nosce te ipsum*: hé aquí el precepto de la filosofía socrática. Qué somos, (2) de dónde

(1) *Epist. ad Gregor.*

(2) «¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen á uno quién és y no se conociese ni supiese quién fué su padre, ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotros, cuando no procuramos saber qué *cosa somos*, sinó que nos detenemos en estos cuerpos, y así á bulto (porque lo hemos oido y porque nos lo dice la fé), sabemos que tenemos almas; mas qué bienes puede haber en esta alma, ó quién está dentro en esta alma, ó el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo esto nos va en la grosería del engaste ó cerca de este Castillo, que son estos cuerpos.» (*Castillo interior. Primeras moradas, cap. I y II.*)

Seguramente que Santa Teresa no habia leído á Cicerón (*Tusc. 9*); pero no lo necesitó para interpretar rectamente el citado precepto de Apolo.

venimos y á dónde vamos á parar, son los tres problemas fundamentales de la filosofía.

La escritora de Ávila, que escribe cosas de oración, (1) que parece aspirar únicamente á buscar á Dios por el amor, resuelve, como sin intentarlo, esas graves cuestiones, tormento de la débil razón del hombre, y en cuyo piélagó naufragaron tantas inteligencias.

Dirigir el espíritu sin conocerle sería un absurdo: á tanto equivaldría levantar un edificio sin cimientos ó tocar un instrumento, cuyo mecanismo desconociésemos de todo punto. Por consiguiente, para levantar el grandioso edificio de la teología mística, es preciso buscar cimientos sólidos, ahondando en el conocimiento propio. «Esto del conocimiento propio, dice la Santa, jamás se ha de dejar, ni hay alma tan gigante que no haya muchas veces tornar á ser niño..... es el pan con que todos los manjares se han de comer por delicados que sean.» (2) A este conocimiento ha llegado por la observación interna y por la expe-

(1) «Pocas cosas, que me ha mandado la obediencia, se me han hecho tan difíciles como escribir ahora cosas de oración.» (*Castillo interior*, Prólogo.)

(2) *Vida de Santa Teresa*, escrita por ella misma (cap. XIII), y en las *Primeras moradas*, pág. 9, dice: «Y es gran cosa el propio conocimiento,» recomendando en las *Segundas* no salir jamás de este conocimiento.

riencia cotidiana, y sobre estas columnas erige su sistema psicológico.

El alma, el espíritu, el entendimiento, la memoria, la voluntad, la razón, la imaginación, el sentimiento, el gozo, el placer, la alegría, la ternura, la melancolía, las pasiones... son palabras que encontrareis á cada paso en sus escritos: son conceptos expresados con toda claridad; son el resultado del análisis del espíritu humano: constituyen un tratado completo de Psicología. ¿Dónde aprendió este análisis tan exacto y profundo? ¿Quién la ha enseñado á conocer así su alma, y establecer diferencias entre ella y el espíritu? (1) ¿Quién la dijo que eran de necesidad *las especies* para el conocimiento, con lo cual se aparta del idealismo, del sentimentalismo y del excepticismo? (2) ¿Quién la señaló el distintivo entre la razón y el entendimiento? ¿Quién, por fin, la ha marcado las diferencias características que existen entre las diversas facultades del alma, á las que llama

(1) «Que cierto se entiende hay diferencia en alguna manera muy conocida del alma al espíritu, aunque más sea todo uno. Conócese alguna división tan delicada, que algunas veces parece obrar de diferente manera lo uno de lo otro.»

(2) «El entendimiento en su condición actual nada entiende sin fantasmas.» (Aristóteles.) «Si no tienen imagen ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar?» (*Sextas moradas*, capítulo IV.)

alcaldes, mayordomos, y maestros salas de aquella, y á distinguirlas de la esencia anímica? (1). Si hubiera leído á los filósofos escolásticos, en sus obras habria encontrado las graves razones que dan aquellos, siguiendo á Santo Tomás, para probar la distinción real que media entre la esencia del alma y sus facultades; (2) y allí podian haber aprendido también los analíticos de nuestros dias á desechar la distinción puramente nominal, que admiten entre el alma y sus potencias; pero nuestra filósofa ni estudió la escolástica, ni conocia los restantes sistemas psicológicos: aprendió estas verdades en el propio conocimiento, en el santuario de su conciencia, en la historia de su corazón.

Los placeres y dolores son un misterio para aquellos filósofos, que se contentan con decir «que el placer place y el dolor duele,» ó con frase altisonante «que son las dos determinaciones extremas de la sensibilidad.» Los sentimientos, esos fenómenos delicadísimos, y á veces tan complejos, que tanta influencia ejercen sobre el organismo,

(1) También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa: hay tantas y tan delicadas en lo interior, que sería atrevimiento (*Sétimas moradas*, cap. I) ponerme yo á declararlas.»

(2) SANSEVERINO. *Elements de la Philosophie chrétienne* (cap. I, a. 1.)

se escapan á la escudriñadora mirada del hombre más observador, y las enfermedades del alma no encuentran medicina eficaz en la farmacopea psíquica. No obstante, Teresa cura esas enfermedades con delicada mano, porque conoce su naturaleza, sus causas y síntomas; ha creado la Patología del espíritu.

En su humildad os dirá que sabe poco de estas pasiones del alma, (1) y, sin embargo, señala la regla segura para distinguirlas: se conocen por los efectos, que no hay mejor crisol para probarse (2). En ese crisol, calentado por el fuego de su corazón, separó el oro de las pasiones generosas de la escoria de los deleites sensuales. Allí analizó los gozos y los contentos, apreciando los quilates que les diferencian; discernió los contentos de los gustos: (3) aquellos gozos que ni son del todo espirituales ni sensuales, sino gozos virtuosos, deleites soberanos; y aquella manera deleitosísima de gozar el alma, y aquellos otros contentos que no ensanchan el corazón y le aprietan un poco. Allí experimentó los apretamientos y penas espirituales, ímpetus tan delicados y sutiles que proceden

(1) (*Moradas cuartas*, cap. I—5.)

(2) (*Moradas cuartas*, cap. II—6.)

(3) (*Moradas cuartas*, cap. II.)

de lo muy interior del alma, hartas penas que, con ser tales, son dulces y producen heridas sabrosísimas, (1) penas que llegan á lo íntimo de las entrañas, que parecen desmenuzarla y la muelen, (2) y penas ante las cuales no se osan bullir ni sentidos, ni imaginación, ni potencias. ¿Qué filósofo se ha detenido á examinar tan minuciosamente esos fenómenos delicadísimos, que, por decirlo así, se escapan al análisis? Tan sólo Teresa se lanza á escudriñarles, no obstante que reconoce lo poco que alcanza la imaginación, por más sutil que sea, (3) y lo dificultoso que es decir que hay trabajos y penas, estándose en paz el alma. (4)

Como se ayudan las potencias, «que son grandes y verdaderos amigos y parientes, con quien siempre, aunque no queramos, hemos de vivir; y cuando no están unidas, sinó embebidas, y, por otra parte, el pensamiento alborotado, ese moleador que anda apriesa con toda velocidad, y que no podemos tenerle (detenerle), como no podemos tener el movimiento del Cielo; y cuando ni el entendimiento ve, ni la memoria recuerda, ni la imaginación representa, y los sentidos van per-

(1) (*Moradas quintas*, cap. II—7.)

(2) (*Moradas sextas*, cap. I.)

(3) (*Moradas sétimas*, cap. I.)

(4) (*Moradas segundas*.)

diendo su derecho, para que el alma vaya recordando el suyo, que tenia perdido, y el alma parece que está como adormecida, que ni bien parece estar dormida, ni se siente despierta; y cuando hay visiones intelectuales, y cuando imaginarias, y por fin, cuando no sabe si goza, si padece, si ama... son estados misteriosos que encuentran su razón suficiente en la filosofía profunda de la Pensadora de Ávila. (1)

Si la vigilia y el sueño, á pesar de sus caracteres distintivos, (2) envuelven el enigma de la continuación de la memoria y del pensamiento, y son la pesadilla de muchos filósofos, ¿cómo explicar ese estado del alma que duerme estando despierta, y qué, estando despierta, ni sabe, ni siente, ni oye? ¿Cómo explicar esos sueños espirituales, dulces éxtasis y arrobamientos, esos vuelos del espíritu ó ensimismamientos del alma, á quien Dios ha hecho boba del todo? (3). ¡Ah! La razón orgullosa se encierra en el orden meramente humano; pero la razón alumbrada por la fé, conoce hasta dónde llegan las fuerzas de la naturaleza, y lo que el hombre puede ayudado de la gracia. Filosofía es, y muy grande por cierto, conocer los límites

(1) (*Castillo interior, ó Las Moradas.*)

(2) BALMES. (*Filosofía fundamental*, Libro II, cap. III.)

(3) (*Moradas.*)

de la naturaleza; y elevarse después á buscar fuera de nosotros la causa de estados anímicos, superiores á las leyes prescritas por los psicólogos.

San Agustin, con la intuición de su génio, divisó el horizonte que separa al mundo físico del metafísico, y, colocando al hombre en el confín de ambos, marcó la división entre las ciencias abstractas y las experimentales. Santa Teresa, desde el observatorio de su conciencia, y con el telescopio de la fé, vislumbró las órbitas del orden natural y sobrenatural, y traza con seguridad y aplomo la meridiana que les separa. Desde entonces es imposible confundirles. Los racionalistas se detienen ante ese valladar; no divisan extensos horizontes, porque su razón carece de instrumentos para explorar el mundo de la gracia; y, encerrados en ese círculo de hierro, niegan lo que no ven, y no pueden volar, porque sin las alas de la fé es imposible elevarse á tan inconmensurables alturas.

Y la verdad, baldón del excepticismo, suspirada meta de la inteligencia, alimento del alma, ese *vitam impendere vero*, del pensador de Grecia, la ignorancia, madre de todos los errores, las preocupaciones, ídolos que adora la razón humana, como decía Bacon; (1) el olvido, la ceguera que

(1) Llama ídolos á las preocupaciones, porque la falsa ciencia

produce el pecado, y esa otra ceguera voluntaria, que quiere se enseñe el error como verdad, aunque en su interior hay luz que les dice ser engaño, son otras tantas cuestiones, que propone, y resuelve con toda claridad la ilustre Carmelita. Como que *ha pasado por la noche oscura del alma, como que ha navegado veinte años sobre el mar agitado por las continuas olas de la tribulación*, (1) y, por experiencia sabe, que no es bueno el espíritu que no vaya comenzado en verdad, y quiere, y aconseja que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes. Para este objeto, sirven los ojos del alma y la luz del entendimiento, al que da el epíteto de *agudo*; y así se obtiene la certidumbre, estado de reposo en que se halla el alma cuando está en posesión de la verdad, á diferencia de las vacilaciones que enjendran la opinión y la duda. Otras veces llama al entendimiento loco, y en este caso, le declara inhábil para juzgar rectamente de las cosas, sin que se le escape notar aquel estado en que el alma «ve claramente con una luz, que sin ser luz, alumbra el entendimiento.»

Y salva las fronteras del error, teniendo por

es á manera de una idolatría intelectual, que tributa á la mentira el culto debido á la verdad.—LUNA. (*Historia de la filosofía.*)

(1) (*Vida*, cap. VIII.)

regla la discreción, (1) y contrastando sus observaciones, para no equivocarse, con la experiencia ajena, que es la piedra de toque; (2) pero no creais que ceda ciegamente al testimonio de autoridad, pues «cuando no le dan razón para que se rinda á lo que la dicen» sostiene sus asertos. Sus doctrinas no son admisibles, sinó á condición de estar completamente acordes con la fé, que es el faro luminoso de la filosofía cristiana. (3)

Su génio poderoso ha penetrado en esas profundas sinuosidades del mundo interior, y descubierto los derroteros del espíritu humano en la investigación de la verdad. Hay gran fuerza de lógica en sus escritos, aunque no había estudiado la Lógica; porque no ignora lo que puede el discurrir del entendimiento, sacando muchas cosas y conceptos de una cosa, á pesar de que no conocemos la propiedad de todas. (4) Por esto, la vereis

(1) «En todo es menester tener discreción.» (*Vida*, cap. XIII.)

(2) «Estoy aparejada á creer lo que dijeren los que tienen letras muchas.» La autoridad de los sábios es uno de los medios de que se ayuda la razón humana, moralmente considerada, para el conocimiento de la verdad.—ORTI Y LARA. (*Lógica*.)

(3) Este es el primer medio auxiliar de la razón para alcanzar la verdad.—ORTI Y LARA, obra citada, ó la tercera ley de la Filosofía, como dice el actual Obispo de Córdoba. (*Philosophia elementaria*, volúmen I.) Pío IX ha condenado en la proposición XIV del *Syllabus* este error: *Philosophiam tractandam esse, nulla supernaturalis revelationis habita ratione.*

(4) (*Moradas quintas*, cap. II.)

discurrir de verdad en verdad, y derivar rectamente las consecuencias de los principios. Y es que estaba dotada de gran fuerza de reflexión. No todo es sentimiento en sus obras, ni puede decirse aquí, que la fuerza reflexiva esté en razón inversa del sentimiento, como afirma Rousselot. (1) No: aquí se hermanan y aunán los más delicados sentimientos con las reflexiones más profundas. (2)

Y ¿á dónde llevan estos estudios á nuestra filósofa? Del conocimiento de sí misma saca la humildad. Sobre la humildad había también asentado Pitágoras la filosofía. «La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel; más consideremos que la abeja no deja de salir á volar para traer flores, así el alma en el propio conocimiento: créame, y vuele algunas veces á considerar la grandeza y majestad de su Dios. A mi parecer jamás nos acabamos de conocer, sinó procuraremos conocer á Dios. Luego es preciso «conocer á Dios para conocernos á nosotros mismos:» «es Dios el espejo, donde debemos mirarnos.» (3) Luego yerran lastimosamente los falsos adoradores del yo,

(1) ROUSSELOT. (Obra citada.)

(2) El mismo Rousselot que afirma, que donde la imaginación y el sentimiento predominan la reflexión duerme, añade después: «Luego que Teresa empieza analizarse, á la espontaneidad sucede la reflexión.

(3) (*Primeras moradas*, cap. II.)

que pretenden fundar toda ciencia sobre el conocimiento inmediato del sujeto pensador, en cuanto tiene conciencia de sí mismo; y, por esta razón, falsean el célebre dicho de San Agustín: *Noli foras ire, in te ipsum redi, in interiore homine habitat veritas*, Tiberghien, y sus encomiadores del lado acá de los Pirineos, que se afanan por inocular en la inexperta juventud el Psicologismo, origen pernicioso de los errores que están en boga en la época actual. (1)

El conocimiento de Dios es el otro polo, á cuyo derredor gira el sistema Teresiano.

La Teodicea, parte de la Metafísica, es la ciencia que trata de Dios, en cuanto puede ser conocido por la luz de la razón. Demostrar la existencia de Dios contra los ateos, investigar cual sea la naturaleza divina, enumerar y exponer sus atributos absolutos y relativos, constituyen la síntesis de sus lucubraciones.

Dios, sin cuya existencia la vida sería un enigma, y con la cual todo se explica, tenía que aparecer escrito con caracteres indelebles en la conciencia, en la razón y en el universo. Es la pri-

(1) Tiberghien, profesor de la Universidad libre de Bruselas, muy conocido en España como defensor de la filosofía impropriamente llamada Alemana, no es, sin embargo, conocido en Alemania.—DR. PINGSMANN, vice-rector del Seminario de Colonia.

mera verdad, y por esta causa anterior á toda verdad revelada: es el preámbulo de la fé, como dicen los Teólogos.

La ilustre Escritora ha leído en el gran libro de la naturaleza el nombre de Dios, y á través de lo visible se ha elevado al conocimiento de las perfecciones invisibles del Criador. Como el serafín de Asís, canta las glorias del Hacedor supremo. «Aprovechábame á mí también ver campos, agua, flores: en estas cosas hallaba yo memoria del Criador: digo que me despertaban, y recogian y servian de libro.» (1) Además siente á Dios en sí misma, por que sabe que está en ella, como en las criaturas todas, por esencia, presencia y potencia. (2) *In ipso enim vivimus, movemur et sumus.* Y le oye, y le vé y le siente, por que los éxtasis, y los raptos, y las revelaciones son los medios de su comunicaci6n con el Omnipotente. «Siempre nos entiende Dios y está en nosotros.» (3) «Está tan cerca que nos oirá, ni ha menester (el alma) alas para ir á buscarle, sinó ponerse en soledad y mirarle dentro de sí.» (4) «Como que su Magestad está tan cerca, que ya no ha menester enviarle

(1) (*Vida*, cap. IX.)

(2) (*Moradas quintas*, cap. I.)

(3) (*Vida*, cap. XIV.)

(4) (*Camino de perfección*, cap. XXVIII.)

mensajeros, sinó hablar ella misma con Él, y no á voces...: es su alma un huerto por donde se pasea el Señor.» (1)

«Con el pensamiento ha subido á pensar cosas altas del cielo ó de Dios, y las grandezas que allí hay, y su gran sabiduría.» «¿Quién es éste, exclama, que así le obedecen mis potencias? (2) Tan gran Dios, bondad tan buena, misericordia tan sin tasa, tan grande su poder y magestad. ¡Oh Dios mio, qué grandes son vuestras grandezas! (3) ¿Quién acabará de contar tus misericordias y grandezas? ¡Oh qué buen Dios! ¡Oh qué buen Señor y qué poderoso! Alaben os todas las cosas, Señor del mundo. ¡Oh quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois á vuestros amigos! Todas las cosas faltan. Vos, Señor de todas ellas, nunca faltais. ¡Oh Dios mio, quién tuviera entendimiento, y letras, y nuevas palabras para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma!» (4) ¿Quién no se llena de admiración al leer las magníficas páginas en que describe el primer orador y el más grande filósofo del pueblo romano, las maravillas del Universo y aquel númen divino, é inteligencia

(1) (*Vida*, cap. XIV.)

(2) (*Vida*, cap. XXV.)

(3) (*Moradas sétimas*, cap. I.)

(4) (*Vida*, cap. XXV.)

suprema que rige todas las cosas? ¿«Quién no se abisma, ante los escritos del venerable Granada, cuando nos habla de aquella Omnipotencia, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la Tierra, y cuyas perfecciones son tantas y tan grandes, que si todo el mundo se hinchiese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta, antes se hincharía el mundo de libros, y se cansarian los escritores, y se agotaría la mar que se acabase de explicar una sola de estas perfecciones, como ella es?» Sublimes son los rasgos de Tulio, arrebatadoras las aspiraciones del Cicerón cristiano, más las pinceladas de Teresa de Jesús son pinceladas divinas; sus vuelos son los del águila hácia las regiones etéreas. Ella nos habla de la divinidad, como quien la ha visto, nos embelena, nos encanta, nos trasporta á la región del infinito, y nos hace suspirar por la vida verdadera, donde contemplaremos á Dios, no como en un espejo, sino como *es* y cara á cara. (1)

Conociendo, pues, á Dios, y conociéndonos que era la aspiración del Obispo de Hipona, (2) se hace preciso buscar el objeto propio de nuestras facultades. Este sábio ha inquirido con ansia un

(1) S. PAUL (1.^a Ad. Cor. XIII, 12.)

(2) *Noverim me, noverim te.*

objeto digno y capaz de llenar su corazón, y no le ha encontrado fuera de Dios, porque Dios es la belleza absoluta, la verdad absoluta y la bondad absoluta: en Él únicamente pueden encontrar término y descanso las aspiraciones infinitas de nuestras potencias. Santa Teresa, no tiene que lamentarse de haber conocido tan tarde aquella antigua hermosura; pero al escribir sus obras en la plenitud de la vida, cuando la madurez del juicio sujeta á la imaginación, cuando la experiencia la tiene aleccionada, cuando la lectura la ha fortalecido, enseña con toda claridad que, ni lo terreno, ni lo criado, ni lo finito, pueden satisfacer el corazón humano: sólo Dios puede llenarle, porque *sólo Dios basta*. (1) ¡Arranque sublime, bastante para inmortalizar el nombre de Teresa! Si sólo Dios basta, busquemos á Dios. Él es el término de todas las cosas, así como su principio: el *alfa* y *omega*, como dice el inspirado de Patmos. Tal es el fin de la teresiana filosofía.

¿Y cuál es el medio para alcanzar este fin? El amor. ¡Gran filosofía es la del amor! La voluntad

(1) «Todo la cansa porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas. No amo al mundo ni á lo que en él hay. Dios, mi bien y mi alegría. ¡Oh, si entendiéramos por descanso lo que es descanso, y por honra lo que es honra, y por deleite lo que es deleite, y no todo al revés! Todo cansa, todo fatiga, todo atormenta, si no es con Dios ó por Dios.»

ama el bien; solamente el bien es su objeto propio. La voluntad es libre, y el uso de la misma consiste en dirigirse á lo bueno; el abuso en buscar los bienes percederos. *Los que aman á Dios son dichosos esclavos del amor divino.* (1) «Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo, y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. Él viva y me dé vida; Él reine y yo sea cautiva, que no quiere mi alma otra libertad.» (2) Y para que no pueda confundirse el amor verdadero con el falso, hé aquí cómo designa los caracteres de aquel: «No es amor verdadero el que procede de excesiva ternura natural, (3) ni tampoco el fabricado en nuestra imaginación, sinó que ha de ser probado por las obras, (4) porque el amor jamás está ocioso. (5) Siempre está bullendo el amor y pensando qué hará. Es como unas fuentes-cicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hácia arriba. Parece también como un fuego que es grande, y para que no se aplaque es menester haya siempre qué quemar. (6) Es un glorioso desatino, una celestial

(1) (*Vida*, cap. XI.)

(2) (*Exclamación*, cap. XVII.)

(3) (*Vida*, cap. V.)

(4) (*Moradas primeras*, cap. III.)

(5) (*Moradas quintas*, cap. IV.)

(6) (*Vida*, cap. XXX.)

locura. ¡Dichosos los que aman! ¡Desgraciado el demonio, porque no sabe amar!»

Bien quisiera seguir á la Santa por ese camino, pero me es imposible: Os lo confieso ingénuamente, porque jamás el amor se ha expresado con términos más llenos de fuerza y con trasportes más violentos. Se cuenta de un célebre anatómico que estudiando el cuerpo humano soltó el escalpelo para dirigir himnos de alabanzas al Autor de la admirable máquina que estaba contemplando. Pues decidme: ¿qué haría Teresa contemplando, no ya las obras de Dios, sinó á Dios mismo? Ciertó que los poetas, en alas de la inspiración, se elevan á un mundo ideal, nos arrebatan con sus mágicas palabras y nos convidan á gozar de los dulces ensueños de su fecunda fantasía. Empero Teresa, alentada por el fuego del amor, *endiosada* con aquella hermosura que excede á todas las hermosuras, (1) nos embelesa, nos seduce, nos arrastra hácia aquella mansión de dicha y bienandanza inenarrables. Su amor se extasía ante la Belleza divina, y el lirismo exhala los perfumes de su alma con un estilo ardiente y apasionado. Es Teresa la poetisa de los dulces sentimientos, de las tiernas endechas, de

(1) (*Villancico de Santa Teresa.*)

los sublimes arrebatos. Ella misma reconoce que el amor es fuente de inspiración poética, y en su humildad declara *que con no ser poeta, le acaecia hacer de presto coplas muy sentidas.* (*Vida*, capítulo XVI.) Ni el entusiasmo de Arquímedes al exclamar *Ehureka*, por haber encontrado solución al problema propuesto por el Rey de Siracusa, ni el júbilo de Colón al gritar ¡tierra! ¡tierra! son comparables al amoroso deliquio de Teresa de Jesús, cuando canta las misericordias del Señor, cuando prorrumpe en las divinas alabanzas. La situación de su alma se asemeja entónces á la de aquellos discípulos que, á la vista de la gloria del Tabor, exclamaron: ¡Bien estamos aquí!

De lo dicho, infiere la Santa que el problema más importante para el hombre és encontrar á Dios, y añade: «Por lo mismo hay que hacerse cuenta que no hay en la tierra sinó Dios y el alma.» (1) Hé aquí la primera relación que descubre su génio, y esta relacion es, á no dudarlo, la más fundamental. Emperó de esta relación que establece entre el Criador y la criatura, se desprende otra multitud de relaciones en órden á la vida civil y religiosa. Son tales las obligaciones que enu-

(1) *Vida*, cap. XIII.)

mera, los deberes que marca y los consejos que dá, que constituyen un tratado de moral; y por cierto, de la moral más sublime, de esa moral que eleva las almas grandes y generosas á realizar los ideales heroicos de la perfección cristiana.

La historia, en sus páginas de oro, consigna los nombres de un sinnúmero de personas de toda edad, séxo y condición que, han realizado el heroismo, merced á la moral enseñada por Santa Teresa. Las comunidades de carmelitas son escuelas prácticas de todas las virtudes, debido á los escritos de la Santa reformadora; y, las personas que viven en medio del mundo, no son extrañas á la influencia de esa moral tan pura, que se dirige á todos los corazones; y todos los corazones, por humildes que sean, pueden responder á su llamamiento. ¿Quién no aborrece el vicio, al verle pintado con tan negros colores? Y, por el contrario, ¿quién no queda enamorado de la hermosura de la virtud, tan admirablemente retratada por la mística Maestra?

Ni Sócrates, ni Platón, ni Aristóteles, ni Cicerón, ni Séneca, ni otro alguno de los filósofos gentiles, consiguieron con sus elocuentes descripciones encender el corazón de los hombres en el amor de Dios y de la virtud, como la insigne Teresa con sus escritos, henchidos del fuego de la cari-

dad, que arde por todas partes y abrasa todo cuanto toca. (1)

Dejo á un lado hablar del libro de las fundaciones, que presenta un carácter social ó *ad extra*, como dice el Sr. Lafuente, y paso por alto el estudio de la regla y constituciones carmelitanas, códigos perfectos de moral ascética. Solamente os diré, que las Reglas, por las cuales se dirijen las órdenes religiosas, encierran máximas de conducta tan sábias, tan adecuadas á la naturaleza humana, y tan en armonía con su destino, que vienen á ser como el compendio de la más elevada moral, y la recta expresión de la filosofía, que escudriña los pliegues más recónditos del seno de la conciencia. (2)

.....

(1) Fray Luis de León dice: «que los libros de Teresa producen muchos y grandes provechos y principalmente dos.» Uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro encenderles en el amor de ella y de Dios... En cada una de sus palabras pega al alma fuego del cielo, que le abrasa y deshace.» (Prólogo á las obras de Santa Teresa.)

(2) Recuerdo con este motivo que, siendo yo estudiante, estaba leyendo en la Biblioteca de la Universidad de Salamanca, y entró un italiano quien pidió el código de Napoleón y la Regla de San Benito. ¡Extraño maridaje! Sorprendido me quedé entónces, y después he pensado algunas veces acerca del propósito de aquel viajero, comparando dos libros al parecer tan opuestos. Sin embargo, obras tan diferentes tienen un fondo comun: el corazón humano. Sin conocer bien al hombre, no se le pueden dar preceptos que conduzcan á un resultado. Nada más fácil que reglamentar:

Afirma Rousselot que la tendencia á moralizar concuerda bien con el espíritu místico, y es uno de los rasgos distintivos del carácter español, añadiendo que la moral no és la única filosofía. Concedemos de buen grado que la filosofía no se limita á la moral; antes bien, su círculo es tan extenso, que abarca todo lo que puede ser conocido por el entendimiento humano. Dios, el hombre, la naturaleza constituyen su objeto; ó, como dijo Cicerón, las cosas divinas y humanas y sus causas. Empero la filosofía debe llevarnos á un fin práctico, á un resultado provechoso, ó lo que es igual; del estudio de las relaciones que median entre Dios y los demás séres, debemos inferir la solución del problema de la felicidad, sentimiento puesto por Dios en el corazón del hombre y aspiración constante de todos sus deseos.

Y, como la felicidad está ligada á una conducta sábia y virtuosa, nada puede ser más interesante

.....
nada más difícil que hacer un buen reglamento. *Regula mentis.* ¿Quién acertó mejor, San Benito ó Napoleón? ¿Quién han influido más en las costumbres, el código Napoleónico ó la Regla del monte Casino? La historia ha contestado á estas preguntas. Añadiré que esta Regla es tan sábia y está tan llena de discreción, que todos los monjes de occidente han hecho profesión de seguirla. El Papa San Gregorio la elogia, el célebre Cosime de Médicis y otros muchos hábiles legisladores la leían con frecuencia, y la consideraban como un fondo rico de máximas propias para formar los hombres en el arte difícil de gobernarse bien.

para el hombre, que adquirir la sabiduría y practicar la virtud, cuya enseñanza corresponde á la ciencia moral. «¿Qué importa la ciencia sin el temor de Dios? ¿De qué me aprovechará saber todas las cosas que existen en el mundo, sinó tuviese caridad delante de Dios, que me ha de juzgar por las obras?», dice el autor del admirable libro de la Imitación de Cristo. (1) ¿Qué vale el aparato de la sabiduría, añadiremos con Jovellanos, sin la rectitud del corazón? ¿Por qué fatalidad en nuestros institutos de educación, se cuida tanto de hacer á los hombres sábios, y tan poco de hacerlos virtuosos? ¿Y por qué la ciencia de la virtud, no ha de tener tambien su cátedra en las escuelas públicas? ¡Dichoso yo! hijos míos, si pudiera establecerla algun dia, y coronar con ella vuestra enseñanza y mis deseos!» (2) Empero, como la sabiduría, en su más propio sentido, comprende á la vez la especulación científica y la virtud práctica, hasta tal punto que á nadie cuadre el dictado de sábio, sinó al hombre virtuoso, deduce la

(1) Lib. I, cap. II.

(2) Discurso inaugural pronunciado en el Real Instituto Asturiano (hoy de Jovellanos). Dignos son de tenerse en cuenta los deseos de este eminente patricio, y muy justas las observaciones que hace acerca de la enseñanza de la *moral religiosa* en su «Memoria sobre la educación pública.»

ilustre Escritora: «es menester obrar, para gozar la gloria de Dios» (1) y, convencida de esta verdad, prorrumpe con esta sencilla y tierna deprecación. «Cueste lo que costare, Señor, no queráis que vaya delante de Vos tan vacías las manos, pues conforme á las obras se ha de dar el premio.» (2)

Por consiguiente, hacen bién los españoles en moralizar, aunque la moral no sea toda la filosofía. Consignemos de paso que no hay rama de la filosofía que los españoles no hayan cultivado con fruto. La patria de Séneca, de Cayo Julio Hygino, de Raymundo Lull, Suárez, (3), Cano, Vives, Vázquez, Domingo Soto, Báñez, Caramuel, Piquer, Balmes, Donoso Cortés, del P. Cuevas, Fr. Ceperino.... no tiene por qué avergonzarse en el cultivo de las ciencias filosóficas. (4) Lo que necesita la

.....
(1) (*Moradas segundas*, cap. único.)

(2) (*Vida*, cap. XXI.)

(3) Denominado el doctor eximio, y á quien Rosset, profesor del Seminario de Chamberí, en su obra *Philosophía cathólica*, llama *luculentum scriptorem*.

(4) La creación de los Institutos en 1845, y la orden de darse en ellos la filosofía en lengua vulgar, ha sido causa de que se haya publicado en nuestros tiempos una multitud de libros de esta asignatura por los Catedráticos de dichos establecimientos, señores Arbolí, Monlau, Rey y Heredia, Ortí y Lara, Mestre, Beato, Gutierrez, Bessón, Sanchez Casado, Pérez Olmedo, Polo y Peyrolón, Asensi, Pérez de la Mata, Alvarez Espino, Moreno, Castelló, Que-

nación española, es un hombre ilustrado y lleno de amor patrio, que levante un monumento literario á la gloria de los muchos hijos, que consagraron sus talentos y vigiliás á la adquisición de *la ciencia de las últimas razones de las cosas*, como brevemente la definió el ilustre discípulo de Sanseverino. (1)

Tampoco es cierto que el misticismo sea la verdadera filosofía de España, como afirma el antiguo profesor de Francia Mr. Rousselot. (2) La mayor parte de los autores que acabo de citar,

sada, Rios, Siciro, Gonzalez Serrano, López Muñoz, Giner y otros.

Además el movimiento filosófico se ha hecho ostensible con la publicación de otras obras en latin por Balmes, el P. Cuevas, Fray Ceferino Gonzalez y Fr. Joaquin Alvarez. Han visto la luz pública tratados especiales como *Los Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, del citado P. Ceferino; *Lo absoluto*, de D. Ramon Campoamor; *El Espiritualismo*, por D. Nicomedes Martín Mateos; *Estudios de filosofía escolástica*, por D. Manuel Parrilla; *Filosofía especulativa*, por Beato; *El Panteísmo de Krause*, por Ortí y Lara; *La Ideología*, por D. Justo García; *La Gramática razonada*, por Hermostilla, Luna y otros. Se han traducido las obras de Platón, Aristóteles, Servant Beauvais, Ráulica, Leibnitz, Kant, Krause, Tiberghien, Ahrens, Prisco... Balmes ha publicado la *Filosofía fundamental* y *El Criterio*. El P. Ceferino otra obra de filosofía en castellano, y por separado, *La Historia de la filosofía*, y el P. Mendive, en el mismo idioma, *La Ontología y Cosmología*, y trabaja para dar á luz *La Teodicea*. Por último, la filosofía se ha hecho extensiva á todas las ciencias, escribiéndose tratados de filosofía del derecho, de la historia, de la elocuencia, de las bellas artes, de la medicina, de la lengua castellana, de la guerra, etc.

- (1) Prisco, (*Elementos de filosofía especulativa*.)
- (2) Obra citada.

suministran una prueba de mi aserto. (1) La filosofía de los españoles, según dice nuestro más distinguido filósofo contemporáneo, tiene por carácter la unidad con la variedad. Esta filosofía carece de la originalidad del error, si es lícito expresarse así, pero tiene en cambio aquella sola originalidad de la verdad, que consienten la razón natural, el sentido común y la fé católica. Es una filosofía inmune de toda mancha de racionalismo, materialismo y panteísmo. (2)

Ved, pues, si con razón os he dicho, que hay un tesoro de metafísica, de lógica y de moral en los escritos de Santa Teresa.

En cambio, podeis alegar falta de método, y á nadie se dispensa de emplearle rectamente en todas las obras, pero con especialidad en las de carácter filosófico. Ya el P. Gracián, amigo de Santa Teresa, presentaba esta misma objeción. Si las muchas digresiones que emplea nuestra Escritora, pueden dar pábulo á oponer tal dificultad, preciso es decir, que esas digresiones son indispensables, y así lo advierte ella misma. «Me he divertido mucho

(1) Excepción hecha del célebre mallorquin Lull ó Lulio, que es poeta místico, como lo prueba el Sr. Menendez Pelayo en su *Discurso de recepción en la Real Academia Española*.

(2) P. Cefferino.—*Observatio in philosophiam hispanorum*.—Op. cit.

en otras cosas por parecerme necesarias.» (1) Estas digresiones son unas veces á manera de escolios, los cuales tienen cabida en las obras didácticas; otras son reflexiones injeridas con mucho acierto y muy de alabar en las históricas, y otras, por fin, son arranques tan sublimes, que, léjos de empañar los escritos, les realzan y avaloran. Platón, el gran poeta de la filosofía, no hubiera merecido el renombre de divino, á no haber hermanado felizmente en sus obras lo profundo del pensamiento con el vuelo de su fantasía.

Ya hemos probado que el misticismo es ciencia, y, por lo tanto, tiene necesidad de método. Además no puede haber enseñanza sin método, y la Santa Escritura aspiraba con empeño á difundir la más importante de todas las enseñanzas; la enseñanza de la salvación.

¿Y cuál es el método propio de la ciencia mística? Sanseverino contesta á esta pregunta diciéndonos que el misticismo católico adopta el método psicológico, porque sus autores enseñan que las almas se elevan al estado sobrenatural por consi-

(1) Y «advierde que había de decir cosas muy sabidas.» Esto es necesario para observar la regla de pasar de lo conocido á lo desconocido, y para relacionar mejor unas ideas con otras: luego hacía esto por razón de método.

deraciones afectivas sobre los diversos géneros de cosas, como por otros tantos grados, tomando el primer grado de las cosas sensibles. (1) El Padre Berthier, para quien San Juan de la Cruz es uno de los espíritus más filosóficos, encuentra en las obras de este literato una lógica de las más precisas. (2) Esta observación es aplicable á todos los místicos, y principalmente á Santa Teresa. Ahora bién: donde hay lógica, el método no puede faltar. Donde hay método, tiene que haber por necesidad punto de partida, proceso ó evolución y término. En dicha evolución intervienen varios procedimientos, mediante los cuales se desarrolla el plan interno y la forma externa, se enlazan las teorías y se expone el sistema con sujeción á la unidad, sin la cual no se concibe la composición literaria.

Hagamos un ensayo en los principales escritos de la Santa avilesa, para ver si logramos comprobar los principios que hemos sentado.

El libro de su *Vida*, escrito por ella misma, tiene un carácter histórico. Es eminentemente subjetivo, y al propio tiempo doctrinal, porque con-

(1) Obra citada.

(2) Berthier. (*Obras espirituales*.)

tiene un tratado de mística: es la mística en acción.

Al unir en estrecho maridaje los hechos internos con los externos, los preceptos con las acciones, las reflexiones profundas con las pinturas más animadas, claro está que no sigue ciegamente las huellas de Tito Livio y Solís, ni las de Tucídides y Bossuet, sinó que hermana el método narrativo (*ad narrandum*) con el filosófico (*ad probandum*). El famoso Chateaubriand dice: que «sería un portento reunir la gravedad de la historia al interés de las memorias, y que cada historiador escribe á impulso de su propio ingenio: uno narra perfectamente, el otro pinta mejor; éste sentencioso, aquél indiferente ó patético... ¡Qué portento, exclama, ser á la vez Tucídides y Plutarco, Tácito y Suetonio, Bossuet y Froisard, y asentar los cimientos de su obra en los principios generales de la escuela moderna! Pero ¿á quién dotó jamás el cielo de un conjunto de talentos, de los cuales basta uno solo para la gloria de muchos hombres?» (1) Dotes tan antitéticas se reúnen, á mi juicio, en la vida de Santa Teresa, en cuanto lo consienten los estrechos límites de la forma biográfica.

Y si la historia tiene por norte la enseñanza,

(1) Discursos históricos.

¿qué libro enseñará mejor que el de Teresa, donde campean los preceptos confirmados á cada paso con los ejemplos, y donde los hechos suministran reglas de conducta, que son otros tantos medios fáciles y seguros que nos conducen, como por la mano, á un resultado positivo? En la exploración de las ignoradas regiones del espíritu, Teresa es un guía seguro, el experto piloto que nos traza el rumbo que hemos de seguir, que señala los escollos, que muestra los precipicios y dirige la nave al puerto á través de las nieblas, porque nunca pierde de vista el faro luminoso de la fé, ni se aparta de los derroteros trazados por la razón.

Presentadme la autobiografía de otros personajes célebres, ó, si os atreveis, referidme vuestra propia vida, y veremos entónces si la narración es exacta, interesante y metódica, como en la autobiografía de la candorosa Escritora.

El libro de las *Fundaciones*, dice el Sr. Lafuente, resulta bello, entretenido y agradable, á pesar de estar escrito con un plan sin plan. La Santa dice, que «escribe este libro por obediencia y conforme á su poco ingenio y grosería;» pero vosotros que le habeis leído con detenimiento y provecho, comprendéis bién su mérito. El fondo lo constituyen los hechos, su forma es la objetiva, y la narración nada deja qué desear. En él, la Cronología

sirve á la Escritora de punto de partida; la Geografía la suministra el plano; los diversos lugares que recorre la dan materia para hacer descripciones; los personajes con quienes trata la presentan ocasión para entablar animados diálogos; y, para que nada falte al cuadro, los retratos están pintados con el más vivo colorido y con su propia fisonomía. Las vicisitudes que experimenta al realizar sus cristianos ideales, nos hacen ver la noble lucha de su alma, y, en las contrariedades mil que la suscitan sus enemigos, y lo que más la admira, aquellos que debieran favorecerla, se ostenta el vigor de su alma, se trasparenta la mujer fuerte.

Nada tienen que pedir á este libro, ni la crítica histórica, ni la crítica literaria, ni la crítica filosófica.

No es Teresa como los historiadores que á través de la noche de los tiempos estudian con frialdad los orígenes de los pueblos ó los acontecimientos de las antiguas edades, ni tampoco un mero testigo de los sucesos de su época, sinó que desempeña un papel activo en los hechos que refiere: es la protagonista. Como Jenofonte y Julio César, narra sus propias hazañas, con la diferencia de que César, al hablar de sí mismo, oculta sus defectos y hace alarde de sus buenas prendas;

Teresa esconde sus virtudes y no disimula sus faltas. (1)

Los conquistadores ambiciosos deseaban tener panegiristas de sus grandezas. Teresa refiere las suyas, no para hacer su elogio, sinó para alabar al Omnipotente. Se cuenta de Atila que sentia dentro de sí una voz que le gritaba y le decia: «¡vé á Roma!» Era la voz de la Providencia; el bárbaro no sabia su nombre. Teresa acomete sus empresas impulsada por la misma voz, pero sabe que es la voz de Dios, que la despierta para que trabaje por su gloria. (2)

Os parecerá demasiado aparato para referir cosa de tan poca importancia, como la fundación de unos cuantos conventos; pero si la cosa es tan baladí, ¿por qué se conjuran contra ella las gentes de tal modo *que parecia que iba á venir la fin del mundo?* (3) ¡Ah! Tened en cuenta que esos

(1) César escribe la historia con tanta sencillez como naturalidad y verdad; pero al hablar de sí propio, reconcentra toda su pasión y aparece, en el exterior, sencillo, dulce y afable. Tal es el juicio del alemán Müller, llamado el Tucídides moderno. Notoria es la ambición del César, que lloró al saber que Alejandro á su edad, ya había conquistado un mundo; así como su liberrinaje, pues, á pesar de la corrupción de costumbres que reinaba en Asia, llamó la atención por su mala conducta.

(2) Sin embargo decia: «Dí las razones naturales para la fundación. (Vida. 32.)

(3) (Vida, cap. XXXVI).

conventos son semilleros de virtudes, asilo de los pobres y refugio de los sábios. De ellos salieron numerosas falanjes á defender la doctrina de Cristo; soldados valerosos que implantaron el pendón de la Cruz allende los mares; profesores ilustres que honraron las cátedras universitarias; centinelas avanzados de la civilización, y escritores de imperecedero renombre. La Teología dogmática de *Liberius á Jesu*, y la Teología moral de los *Salmanticenses*, de fama universal, serán siempre un arsenal riquísimo para el teólogo, y una gloria de la familia carmelitana. No son obra de poco momento esas fundaciones, llevadas á cabo con escasez de recursos y realizadas con grandes resultados en el orden social. (1)

Con ellas levantó la ínclita Reformadora un muro de contención contra las avanzadas del protestantismo. Más que el temido Felipe II, sostuvo la unidad católica en España; más que los ejércitos de Carlos V, se opuso á las huestes del turbulento Calvino. No necesita la Nación española confiarla el mando de los ejércitos que hubieran de

(1) Los servicios prestados por las órdenes religiosas á la sociedad están ya juzgados en el Tribunal de casación, como dice Augusto Nicolás. (*La Virgen María y el plan divino*, tomo IV.) A los que conocen los frailes de oídas les recomendamos la lectura del libro titulado *La sopa de los conventos*, por D. Vicente Lafuente.

derribar las huestes del Coloso del siglo, como irónicamente dice Rousselot. Ella acaudilla sus tropas por elección propia, porque, como á Nembrot, fundador de Babilonia, le basta su fortaleza. En la patria de Viriato y de Pelayo, de Jimena Blasco y de Doña María la Brava, no se hacen esperar las credenciales de mando: los valientes son los generales natos que acaudillan las muchedumbres; y, cuando la independencia de la patria se halla amenazada, nuevos Viriatos se levantan para humillar la altivez del Capitán del siglo.

Con esas empresas heroicas el nombre de la Reformadora del Carmelo se asocia al de las gigantestas figuras de Santo Domingo de Guzmán, San Ignacio de Loyola y San José de Calasanz.

¡Loor eterno al inmortal Pontífice, que decoró la Basílica de San Pedro de Roma, con las venerandas efigies de esos cuatro fundadores, gloria de la católica España!

Del libro de las *Relaciones*, considerado por el maestro León como continuación del de la *Vida*, solamente nos fijaremos en la *relación tercera*. En ella dice el autor de la obra monumental, titulada *Acta Sanctæ Teresiæ*, que hay un orden brillantísimo. *Relatio illa tertia est admirabile vitæ spiritua-*

lis documentum, breve, simplex, facundum, lucidissimoque in sublimi argumento ordine. (1)

El *Camino de perfección*, escrito por la Santa sin orden de capítulos y epígrafes, resulta hecho con un plan completo y hasta simétrico, como dice muy bien el erudito colector de sus obras. (2) La humildad obliga á su Autora á hacer en el prólogo del mismo la siguiente advertencia: «Como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto. Y creo lo mejor no le llevar, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esto.» También dijo David que no conocia la literatura (3), y, sin embargo, es un poeta lírico, cuyas composiciones sirven de modelo á los literatos.

El objeto de este libro, segun indica su ilustre Escritora, es *poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio*, y va dirigido á sus *Hermanas*. No obstante, el resultado va más allá que el propósito, pues ese libro es un tratado ascético, ó sea de enseñanza de la perfección cristiana extensiva, no solamente á sus religiosas, sinó que también á las personas que viven en medio del mundo. Tiene, pues, un carácter

(1) El P. Vandermoere, continuador de los Bolandos.

(2) D. Vicente de la Fuente.

(3) Psal. LXX, 15.

doctrinal. ¿Qué os diré de este libro que anda en manos de todos? ¿Por ventura, habeis echado de menos el método? ¡Imposible! Su título solo nos suministra una prueba palmaria. Es un camino; luego necesariamente ha de tener punto de partida, proceso y término. ¿Qué es el método, sinó un camino que conduce á la investigación de la verdad y á la exposición de la ciencia? Luego no es posible que el *Camino* sea un libro sin método. (1)

Pasemos, por último, á la obra maestra de Santa Teresa. Su nombre asoma involuntariamente á vuestros labios; es el libro llamado comunmente de las *Moradas*, ó como le denominó la Santa, *El Castillo interior*. ¡Libro notable, leído por las almas puras, comentado por los sábios, estudiado por los maestros de la vida espiritual y admirado por todas las gentes! ¿Qué puedo yo añadir á los elogios con que le han ensalzado á porfía los literatos, los místicos y los oradores? Si intentara hablaros de él, tendria que comenzar un nuevo discurso, ó más bien, una série de ellos, porque la materia es interminable. Concretándome al método, os diré que domina un pensamiento felicísimo, el que se desarrolla gradual y armónicamente y

(1) En conformidad con la etimología de la palabra, compuesta de las dos voces griegas, *meta* y *odos*.

con interés creciente siempre hasta el fin. Los siete recintos son otros tantos estados, por los que pasa el alma, por una gradación verdadera, de lo menos perfecto hasta lo más perfecto, encontrando su término en aquella morada, donde habita el Rey de la gloria como en su propio trono. El método es más riguroso y visible en este libro que en los anteriormente estudiados; ya porque así lo pide su propia naturaleza, verdadero tratado de Teología mística; ya también porque, como dice su Autora en lenguaje alegórico, *el platero que lo ha fabricado sabe ahora más de su arte*. Ella misma, lejos de tenerlo en poco como otros escritos suyos, hácese eco de las alabanzas que se le prodigan, y con su ingénita modestia afirma: «hízose por mandado del vidriero, y parécese bién á lo que dicen.» Virgilio mandó á sus albaceas quemar la Eneida; Santa Teresa quemó alguno de sus escritos; pero al hablar de éste, no dice que le quemará el P. Bañes, si no está bien, como dijo respecto de otro manuscrito. La posteridad ha emitido su juicio imparcial, proclamando que este libro es el mejor tesoro de la literatura teresiana.

Queda contestada la objeción, y por tanto, probado mi aserto; pero quiero hacerme eco de otra nueva, aunque con la mayor brevedad que me sea posible.

Además del método se requiere en la filosofía, como en las ciencias y artes todas, el empleo de voces técnicas, que fijen los conceptos con propiedad y precisión, y de fórmulas y frases sacramentales, consagradas por el uso, que den á la exposición un sabor científico, y decidan las cuestiones de un modo sentencioso y venerando.

Ciertamente, que no encontrareis en los escritos de la Santa el tecnicismo de la filosofía escolástica, que tanta influencia ha ejercido en las lenguas de Europa, como dice un comentador de Aristóteles; ni la algarabía ininteligible de la filosofía alemana; ni el empleo de voces exóticas, que dejan á oscuras á los lectores no eruditos. Pero «la enseñanza, os diré con el pensador de Vich, no es sólo para las pequeñas vanidades del recinto de la escuela, es para el bien del mundo.» (1) Si el lenguaje de la ilustre Escritora es claro y exacto, no teneis más que pedir. ¿Qué lenguaje más propio quereis, para expresar la vida íntima, los misterios del alma? En su humildad os dirá *que no sabe expresarse mejor*. Y efectivamente, no cabe ni más sencillez, ni más claridad, ni más elegancia.

La *sencillez* es hija de la sinceridad del alma. «Esta sinceridad, dice Mr. Pellisson, es como la

(1) Balmes (Metafísica).

trasparencia del ser interior, como la luz que se difunde á su alrededor, como las flores de los campos que se levantan lozanas sin esfuerzo y sin cultivo, y á las que hace germinar el calor del corazón. Los sentimientos sinceros tienen la frescura de las aguas que destilan las fuentes, y la transparencia de los lagos cristalinos.» (1) Con esta sinceridad narra Teresa candorosamente sus dudas y amarguras, sus vivos conatos de mayor austeridad; con ella expresa esa mezcla feliz de efusión y ternura, y aparece con una naturalidad inocente, que los franceses llaman muy propiamente *naïveté*.

La *claridad*, cualidad esencial de la elocución, es otro de los caracteres del lenguaje de Teresa. Así como la oscuridad es la enfermedad que aqueja á los entendimientos débiles, así por el contrario, la claridad, dice Vauvenargues, es el barniz de los grandes talentos.

La teología mística, como todas las ciencias humanas, tiene sus elementos y sus principios, sus oscuridades y sus profundidades. Los principios son fáciles de exponer y comprender, las profundidades son difíciles de comprender y más de ex+

(1) Profesor de Retórica del Liceo de Angulema, en el discurso leído el día 3 de Agosto del año actual, con motivo de la distribución de premios á los alumnos de dicho establecimiento, y cuyo discurso tuve el gusto de oír.

presar. Porque el lenguaje es muy defectuoso para pintar las interioridades del alma en aquellos estados extraordinarios y operaciones tan simples, tan delicadas, tan lejanas de los sentidos, que no pueden ser bien comprendidas por los que no las han experimentado. Lo reconoce la misma Santa. «Son tan dificultosas de decir, y más de manera que se puedan entender, estas cosas de espíritu interiores que, si la obediencia no lo hace, será dicha atinar.» Por esta causa, pide á Dios gracia para expresarse con toda claridad, añadiendo que se mete á escribir, aunque mujer, para otras mujeres; «que se entiende mejor el lenguaje de unas mujeres por otras.» ¡Par diez! que lo ha logrado, pues ha sabido vulgarizar los más elevados principios, poniendo la ciencia más sublime al alcance de la mujer. (1) Ni la lengua de Platón y Malebranche expresarán jamás con tanta precisión, y claridad tan luminosa, los misterios del entendimiento, como lo expresa la lengua de la Filósofa castellana. (2)

Y respecto á la *elegancia*, tenemos en nuestro

(1) El señor Ginér ha explicado, en la Escuela de institutrices de Madrid, unas lecciones de Psicología, las que han publicado los Sres. Soler y Calderón. ¿Pueden comprenderse con tanta claridad como los libros de Santa Teresa?

(2) Mr. Laurentie, sur la vie de Sainte Térèse.

favor el testimonio de un crítico tan competente como Fr. Luis de León, el protagonista de la escuela poética Salmantina, quien afirma: *que el lenguaje de Teresa es la misma elegancia.*

Teresa, pues, habló con primor, sencillez y pureza la rica lengua de Castilla, esa lengua que es la mejor para hablar con Dios y de Dios, como dice el P. Bouix (1): es un modelo de lenguaje, como reconocen todos los autores de literatura. Nadie la aventaja en aplicar el lenguaje metafórico á las operaciones anímicas, y los símiles que emplea, á la par que embellecen la elocución, hacen trasparente el pensamiento. «Es difícil, dice, á personas ignorantes como yo, expresar bién el lenguaje del corazón y del espíritu sin comparaciones.» ¡Y qué comparaciones más bellas, por cierto! Si la materia lo consintiera, con gusto tejería una preciosa guirnalda con las muchísimas que salpican el extenso campo de sus escritos. Concluyamos este punto, diciendo que, ninguna mujer bajo del cielo, ha hablado como Santa Teresa (2) y que si los ángeles hablaran, no lo harían de otra suerte. (3) La belleza de su

(1) P. Bouix (Le xix^e siècle et Sainte Térése).

(2) Idem.

(3) Mayáns (Ensayos oratorios).

estilo es inimitable. Sus escritos por la sublimidad y frescura del lenguaje ocupan un rango aparte en las literaturas humanas; son el pasmo de la humanidad. (1)

Juzgad, si en vista de las razones expuestas, podemos agregar á los muchos títulos que adornan á la esclarecida hija de Avila y patrona de este Instituto, el nuevo título de *filósofa*. A este fin, ha ido enderezado mi discurso. Si no he logrado mi objeto, en pos de mí vendrán escritores, entusiastas de Santa Teresa, dotados de gran talento, y con más tiempo que yo, quienes podrán consagrarse á explotar la rica mina de filosofía, que encierran las obras de nuestros ascéticos. (2)

El Centenario, que ha puesto en movimiento á los hombres de letras, llamando á gloriosos certámenes á los poetas y poetisas; el Centenario, que ha impulsado al sabio Obispo de Salamanca á convocar á los pensadores de nuestros dias para ejercitar su pluma en trabajos relacionados con la filosofía de la Santa; el Centenario, que ha hecho decir al respetable Obispo de Zamora, «que el

(1) Dupanloup (Mujeres sabias y mujeres estudiosas).

(2) Luna, en su Historia de la filosofía, dice: «Los ascéticos, como San Juan de la Cruz, Santa Teresa... abundan en ideas psicológicas, metafísicas y morales, que podrían dar ocasión para útiles tareas al que se propusiese estudiar las obras de tan esclarecidos ingenios bajo el aspecto filosófico.»

vigoroso entendimiento de Santa Teresa se eleva á unas regiones de observación psicológica, no pisadas ántes por huella de ningún génio filosófico, por elevado y atrevido que sea,» (14) despertará los talentos del siglo XIX, para que estudien más detenidamente, y con mejor acierto que yo, la filosofía de la esclarecida Carmelita.

* * *

Queridos compañeros: Si con esta solemnidad habeis querido dar un testimonio de vuestro amor á la ciencia y de veneración á la excelsa Patrona del Instituto, en mi sentir lo habeis conseguido, y lo acredita el ilustrado y numeroso público, que une su entusiasmo y júbilo, al entusiasmo y júbilo que embargan vuestros ánimos en tan críticos momentos.

Empero, si habeis creído que mi discurso era digno de este cláustro, y sus desaliñadas páginas un recuerdo de esta solemnidad, os habeis equivocado.

Mi pobre trabajo no será ciertamente quien trasmita las glorias del Centenario á las generaciones

(1) Carta circular, publicada en el número 17 de *La Estrella de Alóa*.

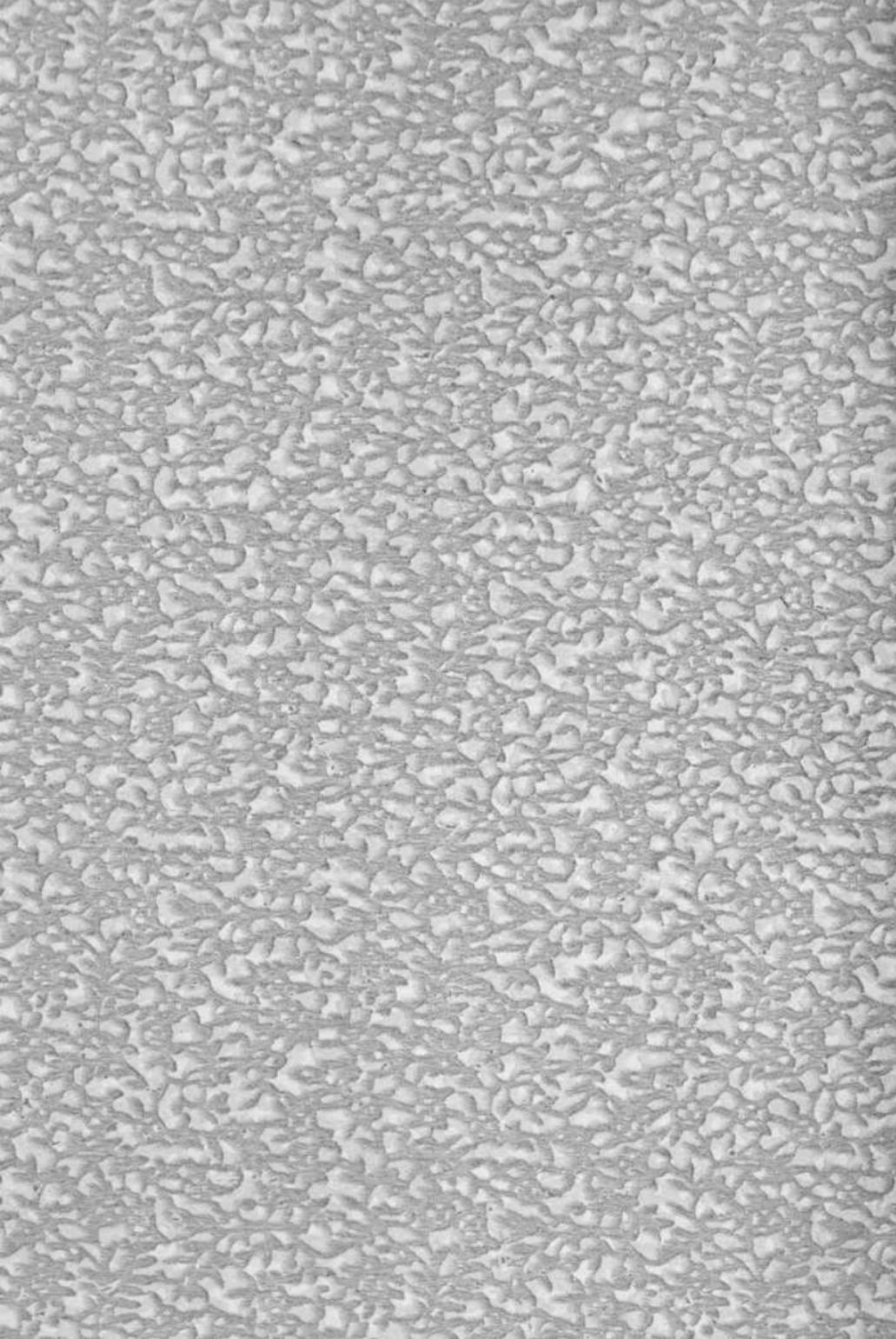
venideras: será la voz pública del pueblo de Avila, la encargada de pregonar la fama de su ilustre compatriota: serán nuestros discípulos los que digan á sus hijos: «Aquí nuestros maestros nos enseñaron á honrar á los sabios: aquí el siglo xix, grande por sus descubrimientos, se prosternó ante las grandezas del siglo xvi, siglo, que todas las naciones apellidan el siglo del pueblo español, y aquí, erigieron un monumento literario á la memoria de la gran Teresa; sol que brilla hace trescientos años en el hermoso cielo de España. ¡Gloria á la Doctora mística, á la Reformadora del Carmelo, á la Santa de Avila!



3-4-799







MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

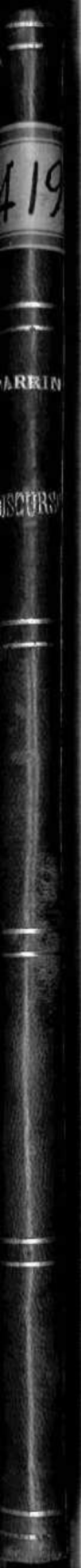
Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	419	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	3	Precio de adquisición. »
Tabla.....	4	Valoración actual.....	»

4

JA

DE



AIC

REIN

INDUERS